

Voces sin nombre Confesión y testimonio en la escena mediática

Silvia Tabachnik

Universidad Nacional de Córdoba, 1997, 105 páginas.

A menudo se plantea hoy, frente a la constante fagocitación mediática de las vidas privadas tanto de los famosos como de la gente común que el espacio público se ha "democratizado", ha avanzado sobre territorios protegidos quizá indebidamente, ha adquirido un alto grado de sinceridad y visibilidad permitiendo una aproximación más real y desinhibida al clima de la época. Desde otra óptica, el espectáculo continuo de la subjetividad sin límites, de la obviedad que aspira al rango de lo trascendente, de la intriga o el anecdotario más banal instaurados como rúbricas mayores de la actualidad, constituye la expresión más acabada de la decadencia, del fin de una verdadera *cultura pública*, de ese espacio fundante de la modernidad que, en el doble registro de lo social y lo político, apuntaba al raciocinio, el debate y el juego argumentativo en torno de valores de modo complementario pero no equivalente a la esfera privada en su naciente desliz hacia la intimidad.

El libro de Silvia Tabachnik se ubica con sutileza eludiendo esta doble tentación: ni la nostalgia de un pasado perdido siempre mejor (como quizá de modo ineludible la experimentaran Hannah Arendt y Jürgen Habermas en los primeros '60 en el umbral de la mediatización) ni la exaltación celebratoria y populista del protagonismo hipotético de los "sin voz". Sobre el fin del siglo, con el signo de lo múltiple atravesando tanto la vida cotidiana como la reflexión, lo que esta lectura propone es justamente un desplazamiento de la voz y de la visión: mirar, de un lado y del otro de la pantalla, escuchar, en esa trama polifónica de acento y tonalidades que se entretajan de modo

indisociable y que después de Bajtín, podemos llamar *discurso social*. Pero este desplazamiento de la voz no es "neutro", no se enmascara en una pretendida objetividad ni trata de buscar el "justo medio", ese equilibrio ilusorio que se ha transformado en credo televisivo, sino que tiene una dureza crítica inusual: la que deriva de una posición dialógica, no autoritaria, la que no necesita *silenciar* al otro para imponer su opinión.

Así, el libro de Tabachnik es un contrapunto de múltiples voces, en torno de dos instancias diferenciales de enunciación: la de las musas u oráculos mediáticos, en diálogos con sus oyentes o presentes en el *plateau* televisivo - Luisa Delfino, y su canonizada audición universal en "Te escucho", Lía Salgado, en el estudiado desenfado de "Sin Vueltas"-, presentados en fragmentos de transcripción, y la de la propia autora, en el inter-juego con sus propios interlocutores teóricos. Pero, contrariamente a lo esperable -el comentario a la cita, el análisis del fragmento, la apostilla, etc.- cada flujo discursivo transcurre en su propio cauce, autocontenido sin más contacto que el que la reflexión teórica propone, de modo inespecífico pero radical: no se trata de descifrar "lo dicho" en tal ocasión a manera de ejemplo (o de "mal ejemplo") sino de deconstruir el andamiaje mismo del *decir*, su condición de posibilidad, las lógicas que lo autorizan, las tramas secretas que lo sostienen, las creencias que lo invisten. De lo que se trata, para Tabachnik, es de indagar sobre los mecanismos por los cuales el "estado terapéutico", el estado regulador, la sociedad vigilante, el sentido común alerta, los medios en búsqueda de nuevas -y trascendentes- misiones heroicas, se entrometen en nuestra privacidad,

Bibliográficas

nos ofrecen apoyos, orejas, micrófonos, consejos, recomendaciones, credos, feligresías, soluciones rápidas a nuestras miserias, explicaciones transparentes, admoniciones y hasta la llave que abre la puerta feliz del destino (porque nos lo merecemos, porque somos buenos, porque nos hemos decidido a *compartir*, a *contar* nuestra desdicha). Pero de este lado (del "nosotros") qué sucede? Qué es lo que lleva a reconocer, a internalizar (o a aceptar, simplemente), los argumentos, consejos, explicaciones...? Cómo trabaja el consenso que nos hace afirmar que la soledad es "mala", que toda infelicidad está radicada en la "falta" y que la comunicación es el remedio de todo mal? Lógica que está muy lejos de ser meramente "interpersonal", arrebatado de un día, extensión de la mano hacia el teléfono o aceptación de entregarse mansamente a las cámaras, al interrogatorio psi/policial detectivesco burocrático del/la conductor/a de turno, para ir al fundamento mismo de nuestras sociedades contemporáneas, su tendencia a la desigualdad más extrema y entonces, al mito de la "compensación", la cada vez mayor distancia entre los destinos ofrecidos en el álbum de los héroes (mediáticos, modélicos, audaces, ricos y famosos) y las biografías verdaderamente alcanzables para cada quien. Abismo que ya había señalado Norbert Elías, y que tenía, paradójicamente, un correlato de mayor control

y uniformidad: cada vez más iguales (en las costumbre, los sentimientos, la interioridad) para que puedan so-brellevarse las diferencias insalvables.

La escritura sutil de Silvia Tabachnik elude el golpe bajo, la asociación fácil, la dicotomía. Se trata de ir zanjando un terreno que algunos han colonizado desde la obiedad, para mirar más allá, descolocando cada vez el objetivo de donde podría estar (a la manera del fotógrafo, en busca de la toma más connotativa, de una vista no inmediatamente reconocible o que permita apreciar otros contrastes). También, como en la fotografía, su trazo es veloz, contenido: sugiere más de lo que muestra, condensa más que lo que describe. Sin embargo, en la economía certera de cada capítulo, en la perfecta armonía de la frase, se va a fondo y la trama entre capítulos y testimonios transcritos se articula casi naturalmente, como un diálogo paralelo donde cada uno habla con su propia voz pero en una sintonía que *dice más*. Pero este contrapunto tan cuidado ha dejado no obstante un lugar vacío, el nuestro, despojado de la explicación o la conclusión, abierto (como la célebre *obra abierta* de Eco) a una autoexploración, a otras modulaciones críticas, al registro sensible de nuestra experiencia. Nos ha librado, afortunadamente, a la soledad de nuestras propias preguntas.

Leonor Arfuch